ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LAS MEDIAS NARANJAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR LOS SEÑORES

PEREZ Y CAMPO-ARANA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

LAS MEDIAS NARANJAS.

LAS MEDIAS NARANJAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR LOS SEÑORES

PEREZ Y CAMPO-ARANA.

Representada en el Teatro de Variedades el dia 26 de Abril de 1873.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.		ACTORES.
ADELA	Srta.	Espejo.
BLANCA		Torrecilla.
JUAN	Sres.	Lujan.
PABLO		Vallés.
CAMILO		Ruesga.
UN CRIADO [1]		»

1 Este personaje pronuncia *d* en lugar de *r*.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja de una casa de campo inmediata á Madrid. Mueblaje elegante.

ESCENA PRIMERA.

JUAN solo.

No puede ser, no señor; es preciso que en mi casa se haga lo que yo quiera. Quiero ser el amo y lo seré. He visto sonreir de cierto modo á los criados, cuando cedo á alguna exigencia de Adela, y de esto al ridículo no hay más que un paso. Se empeña en que le compre un faeton... Pues no se lo compro. Empiezo á tener carácter ahorrándome quinientos duros... Lo malo será que insista mucho, porque... Tiene tanta gracia cuando pide una cosa... Y luégo sacará el difunto á relucir... Su primer marido la echó á perder. Yo la compondré. Desde este momento adopto mi nuevo carácter. Cara séria, modales un poco bruscos, y no ceder á ningun capricho. Aquí viene.

ESCENA III.

DICHO, ADELA.

ADELA. Buenos dias, Juan.
JUAN. Ah! Eres tú? (Brusco.)

ADELA. Qué tienes?

JUAN. (Muy amable.) Nada... (Muy brusco.) Nada.

ADELA. Qué es eso? Qué te sucede?

JUAN. Te he dicho que nada. (Brusco.)

ADELA. (Mala yerba ha pisado hoy mi señor esposo.) (Canta.) (Yo te bajaré los humos.) (Se sienta lejos de Juan y lee. Pausa.)

JUAN. (Mirándola de reojo.) (Se habrá incomodado? Me parece que he estado muy fuerte.)

ADELA. (Vuelve á cantar.)

JUAN. (Vuelve á cantar. De seguro está incomodada.) Adela... Adelita...

ADELA. (Continúa cantando.)

JUAN. (Sea usted fuerte con las mujeres. Eh, ya tenemos funcion.) (Se levanta dirigiéndose á ella.) Tramaré conversacion á ver si de ese modo... Pero no; tengamos carácter. Pero no; que se puede incomodar más. Pero sí; es necesario que comprenda que he cambiado completamente, que soy otro Juan, que tengo un carácter fuerte, enérgico.) (Da un golpe en el velador.)

ADELA. La ra lá... (Quiere sin duda llamarme la atencion.)

JUAN (Pues no hace caso... Lo que digo, no se consigue nada siendo fuerte con las mujeres.) No has oido?

ADELA. No.

JUAN. No comprendes que estoy incomodado?

ADELA. Y qué?

JUAN. Cómo y qué? Que estoy incomodadísimo.

ADELA. Y qué?

JUAN. Mira, Adela, esto es demasiado; esto no puede seguir así, es preciso que comprendas, que cuando yo me incomodo tú debes disipar mi mal humor, halagarme, y no lo que haces. Á un marido se le debe respeto y humildad. (Me estoy excediendo á mí mismo.)

ADELA. Respeto, humildad... No estoy acostumbrada á esas cosas, y mi pobre Tiburcio nunca me las exigió ni me trató de la manera que tú me tratas. (Llora.) Pobre Tiburcio! Si él levantara la cabeza!...

JUAN. (Ya salió el difunto.) Lo que hizo tu Tiburcio fué acostumbrarte muy mal.

ADELA. (Incomodada.) Dí más bien que Tiburcio conocia sus deberes y tú los desconoces por completo, que él me amaba y tú no.

JUAN. Cómo, qué?

ADELA. Sí, porque si no, qué razon hay para que me trates de ese modo, para que de ayer á hoy hayas variado? Es claro, habrás encontrado por ahí algun entretenimiento, ó no te habrán salido las cuentas, y vendrás á pegarla conmigo.

JUAN. Pero le parece á usted? Mujer! por Dios, no digas disparates.

ADELA. No, si no me coge de nuevas; hace ya dias que no me concedes nada de cuanto te pido: la venida de Blanca me ha costado un disgusto.

JUAN. Y Blanca viene hoy.

ADELA. Te pedí que despidieras al jardinero, porque no sabia su obligacion, y tuvimos otra incomodidad.

JUAN. Pero el jardinero no está ya en casa.

ADELA. Tenia capricho por un faeton, y tú te has empeñado en que no le tenga.

JUAN. (Tiene razon, he estado demasiado fuerte... me he excedido.) Vaya, pues manda por el faeton. (Toca un timbre.)

ADELA. Para qué llamas?

JUAN. Para mandar á Antonio á Madrid por él.

ADELA. (Sobresaltada.) No, no...

JUAN. Por qué? Vamos, no seas tonta, es capricho tuyo y...

ADELA. Mira... No es preciso que vayan.

JUAN. Pues?

ADELA. Porque... Como sé que eres tan bueno... escribí al marido de Blanca que para al venir tomáran el faeton.

JUAN. (Tenga usted carácter fuerte con las mujeres? Yo debo incomodarme... Esto es abusar.) Conque ha comprado usted el faeton? (Muy fuerte.)

ADELA. Pues no me le habias concedido? Por qué te incomodas?

JUAN. No, no, si no me incomodo. (Tiene razon; no debo incomodarme.)

ADELA. Qué bueno eres? (Acariciándole.)

ESCENA III.

DICHOS, un CRIADO, despues BLANCA.

CRIADO. Pase usted, señora, por aquí.

ADELA. Blanca!

BLANCA. Adela! (Se abrazan.)

ADELA. Y tu marido?

BLANCA. Bueno, ha encontrado al bajar del coche un caballero, y se ha quedado hablando con él.

BLANCA. Y usted, cómo está?

JUAN. Muy bien, gracias.

ADELA. Anda, baja á buscar á Pablo. (Á Juan.)

JUAN. Sí, voy, con permiso de usted. (Á Blanca. Váse.)

ESCENA IV.

ADELA, BLANCA.

ADELA. (Ayudándola á quitarse el sombrero y el abrigo.) Por supuesto, no creo que vengais para estar aquí dos ó tres dias. Por lo ménos quince. Aquí no sentireis el calor.

BLANCA. Bueno... Si Pablo quiere...

ADELA. Cómo si Pablo quiere? Pues me gusta, por qué no ha de querer? Y sobre todo, cuando él se canse que se vaya, tú te quedarás conmigo.

BLANCA. Ay hija, no conoces á mi marido. Dejarme. Ni pensarlo siquiera.

ADELA. Qué marido es ese? Tiene celos, eh?

BLANCA. No.

ADELA. Pues entónces...

BLANCA. Es que me quiere mucho. No le gusta estar separado de mí.

ADELA. Pero hija, el cariño tiene ciertos límites... y si Juan se opusiera á algo que yo deseara, te aseguro que no lo-

graria su capricho. Eso es que tú no le sabes manejar.

BLANCA. Sí, sí; buen hombre es Pablo. Lo que él dice hay que hacerlo sin replicar.

ADELA. Eso es una tiranía.

BLANCA. Mira: hace pocos dias, sin ir más lejos, se prendió fuego una cortina, y si no hubiera estado conmigo me habria desmayado.

ADELA. Pues qué te impidió el desmayarte? (Rie.)

BLANCA. Te ries? Pues es así. Con él no se puede bromear. Llama tonterías á los desmayos.

ADELA. Ese es un hombre insufrible. No le aguantaria yo. Impedir que una se desmaye! Qué atrocidad! Te compadezco, Blanca. Yo en eso tengo fortuna. Hago de mi marido lo que quiero.

BLANCA. No es como Tiburcio, eh?

ADELA. Qué ha de ser como Tiburcio... Pero te encargo por Dios que no hables de él así delante de mi marido. Le he hecho creer que Tiburcio me mimaba en todo, y como cree que estoy acostumbrada á esto, él hace lo mismo. Te aseguro que gracias á este método, soy completamente feliz; y, desengáñate, la mujer casada que no es dichosa, es porque no quiere.

BLANCA. Pero para mí, tu método es inútil, porque como no soy viuda...

ADELA. Tienes el recurso de tu mamá, inocente. Mira: cuando tu marido te niegue una cosa, apelas á ese recurso, y con cuatro lágrimas y decir: mi mamá me lo hubiera concedido al momento! mi mamá no me quitaba nunca estos gustos! es asunto concluido.

BLANCA. Bien se ve que no conoces á Pablo. Es intransigente en ciertas cosas, y cuando toma una resolucion, no cede por cuanto hay en el mundo. Si tú supieras lo que me sucedió con él en Castro-Urdiales!...

ADELA. Cuenta, cuenta.

BLANCA. Hija, tiene poco de agradable; pero te lo referiré para que comprendas el carácter de mi marido. Figúrate que estábamos tomando los baños en Castro, y los bañistas

dieron un baile en el teatro. Fuimos á él, y le ocurrió invitarme á bailar á un jóven, que segun dijo acababa de llegar del extranjero. Bailé con él, y tuvo la ocurrencia de invitarme despues para un rigodon. Pablo me preguntó que si iba á bailarlo. Yo le dije que ya me habia comprometido.

ADELA. Y no te dejó bailar? Qué tiranía!

BLANCA. Sí, hija, sí; me dejó bailar, y cuando acabó el baile, nos metimos en el carruaje. Pablo estaba de muy buen humor. No le he visto nunca tan contento.

ADELA. Ya, vamos, y al llegar á casa tuvisteis alguna pelotera...

BLANCA. No, al contrario. Íbamos dentro del coche, y me llamó la atencion el tiempo que tardábamos en llegar á la fonda. Sospeché que el cochero habria equivocado el camino; lo dije á Pablo y se echó á reir... Y el coche seguia corriendo. Pregunté al cochero y no me contestó.

ADELA. Ya, fué alguna broma sin duda.

BLANCA. Sí, la broma de llevarme siete leguas vestida de baile y sin cenar. Por la mañana llegamos á Bilbao, yo cansada, abatida, y con una rabia dentro de mí!...

ADELA. Y en Bilbao descargó la tormenta?...

BLANCA. Nada de eso. Almorzamos tranquilamente, y mi marido no me dijo más que esto: hija mia, los aires de Castro-Urdiales hubieran acabado por sentarte mal, y he querido evitar este peligro.

ADELA. Y tú qué hiciste?

BLANCA. Callarme, hija.

ADELA. Pues mira; veo que tu marido, en medio de su tiranía tiene gracia. (Riendo.) Mi difunto no hubiera hecho eso.

BLANCA. Quién sabe!

ADELA. No; hablo por experiencia. Porque sospechó una vez que un jóven me hacia el amor, yo no sé qué le diria, que apuesto á que aún está corriendo del susto el pobrecillo. Ay! Aquí vienen. Despues te contaré lo que pasó.

ESCENA V.

DICHAS, JUAN, PABLO.

JUAN. Pasa; pasa sin cumplimiento.

PABLO. (Saludando.) Señora, tengo tanto gusto...

JUAN. Gracias. Tome usted asiento.

PABLO. Con su permiso. (Á Juan.) Chico, tienes una quinta preciosa.

JUAN. Pues si la quieres puedes quedarte con ella.

PABLO. Cómo?

JUAN. Sí, ya hemos anunciado la venta.

PABLO. Es una verdadera lástima desprenderse de una posesion tan bonita.

JUAN. Bastante lo siento; si fuera por mí no la venderia; pero...

PABLO. Comprendo. Te cuesta mucho sostenerla.

JUAN. No, sino que mi mujer se ha empeñado en que la vendamos.

ADELA. Sí, quiero ya volver de hecho á Madrid, y no pasar aquí los veranos aburrida.

JUAN. Pues yo estaba aquí muy bien.

PABLO. Entónces haces muy mal en venderla.

ADELA. Muchas gracias.

PABLO. Señora, yo soy muy franco. No accederia á ese capricho.

ADELA. Pues Juan sí.

JUAN. (Tengamos carácter.) No, lo que es yo...

ADELA. Qué! (Con viveza.)

JUAN. Yo... yo... sí.

ADELA. Y ahora que están ustedes en Madrid, con doble motivo. (Á Blanca.) Verás como nos divertimos.

BLANCA. Sí, quiero que nos veamos con mucha frecuencia.

ADELA. Con frecuencia! Ya lo creo! Siempre estaremos juntas. Iremos á paseo, al teatro, á los bailes...

BLANCA. (Ay Dios mio!)

ADELA. Por supuesto, tú tendrás abono en el Real.

BLANCA. No.
ADELA. Ah! vamos, prefieres las reuniones.
BLANCA. No; tampoco.
ADELA. Hija, entónces, en qué pasas la vida?
BLANCA. Mi marido te lo dirá.
PABLO. Pues en qué ha de pasarla? En los quehaceres propios de una mujer casada. Aún no tiene hijos, pero puede tenerlos, y es preciso que vaya acostumbrándose.
JUAN. Eso, es preciso que se vaya acostumbrando. (Chúpate esa.)
ADELA. Pero hombre, me parece muy justo un poco de distraccion. Á mí me gusta mucho el teatro. Éste me ha prometido un palco. No todo ha de ser trabajo. Es natural que una se distraiga.
JUAN. Sí, hombre, sí, es natural que se distraigan.
ADELA. Nada, verás como nos divertimos. Si tu marido no te abona, te vendrás á mi palco.
PABLO. No, dispense usted. Blanca irá cuando mis ocupaciones me permitan acompañarla, cuando no, se estará en casita conmigo como hasta ahora. Y tan contenta, verdad?
BLANCA. Sí...
PABLO. Desengáñese usted. La mujer casada vale más cuando ménos se expone.
JUAN. Tiene razon... Eso de exponerse... Bien, Pablo, bien. Mi mujer necesita unas cuantas lecciones de esas.
ADELA. Tiburcio no creyó nunca que necesitaba yo las lecciones de nadie.
JUAN. No ves que es una broma, mujer?
ADELA. Hay bromas poco agradables en boca de un marido, y si este caballero sigue ese sistema con Blanca, te advierto que yo estoy dispuesta á no tolerarte que lo sigas conmigo.
PABLO. Ah! si fuera usted mi mujer... (En tono de broma.)
JUAN. Justo, si fueras mi mujer!... Digo, su mujer!
ADELA. Si fuera usted mi marido! En fin, dejamos á ustedes. Blanca deseará mudarse de traje.

BLANCA. Si tú quieres... (Á Pablo.)
PABLO. Por qué no?
ADELA. Hasta despues. (Á Blanca.) (Aprende cómo se debe tratar á los maridos.)

ESCENA VI.

JUAN y PABLO.

PABLO. Dime, chico, aquí quién lleva los pantalones? Tú ó tu mujer?
JUAN. Tienes razon en preguntarme eso. Esto es ridículo, completamente ridículo, y estoy dispuesto á no tolerarlo más. Ya verás cómo desde este momento...
PABLO. Pues mira, empieza por no vender la quinta.
JUAN. Ay no, eso no. Se lo tengo ya prometido y...
PABLO. Algun dia te pesará.
JUAN. Ya me pesa, ya, pero... por más que me decido á otra cosa, siempre acabo por ceder. Tiene una manera tan graciosa de pedírmelo todo!
PABLO. Pues la verdad, lo que es ahora no la he encontrado la gracia. Me ha parecido, con tu permiso, un poco imprudente.
JUAN. Hombre, hoy sí, pero... Sabes tú quién tiene la culpa de esto?
PABLO. Tú.
JUAN. No. El difunto. Su primer marido, su pobre Tiburcio, como ella le llama. La acostumbró á no contradecirla en nada y ha hecho de ella la criatura más caprichosa del mundo.
PABLO. Y de eso crees tú que tiene la culpa su primer marido?
JUAN. Es claro.
PABLO. Pues bien; yo, marido segundo, la diria: Adela, te quiero mucho, muchísimo, pero estoy dispuesto á que se haga mi voluntad y no consentiré que me pongas en ridículo.
JUAN. No conseguiria nada Llantos, disgustos... convertir la casa en un infierno y oir el estribillo de siempre. Ti-

burcio hacia... Tiburcio decia... Tiburcio... Hombre. te aseguro que me va cargando Tiburcio.

PABLO. Veo que no conoces á las mujeres. Ya ves la mia. Sumisa, obediente... un ángel. Pues no creas que ha sido siempre como ahora. Me he tomado el trabajo de educarla. Desengáñate, las mujeres son como los niños. Es preciso no concederles todo lo que piden, para que ellas hagan luégo todo lo que pidamos. Y no creas por esto que yo uso el sistema de fuerza. Nada de eso. Mira, voy á contarte el último lance en que tuve ocasion de poner en práctica mi sistema. Ya sabes que este verano estuvimos en Castro-Urdiales.

ESCENA VII.

DICHOS, un CRIADO.

CRIADO. Señor, aquí hay un caballero que pregunta por la señora.

JUAN. Por la señora! Será alguna visita... Que pase; vamos, Pablo, voy á arreglarme un poco, entre tanto me contarás eso. (Al Criado.) Avisa á la señora. (Vánse.)

ESCENA VII.

CRIADO, CAMILO.

CRIADO. Pase usted, caballero y haga usted el obsequio de esperar. Voy á avisar á la señora. Á quién le anuncio?

CAMILO. Camilo! No le digas más que Camilo! (Váse el Criado.) ¡Cómo se va á quedar! ¡¡C´mo se va á quedar!! Jé, jé. Esta es la misma habitacion. Aquí pasó el horrible lance. Qué bruto era el tal don Tiburcio! Mire usted que casarse á los cincuenta años con una muchacha tan bonita! Ha hecho bien en morirse. (Marcando los sitios.) Aquí estaba yo, aquí estaba ella, por allí entró él. Yo estaba á los piés de Adela diciéndola: «Te adoro.» De pronto entra don Tiburcio, Adela se asusta y huye, yo me quedo sin saber qué hacer, atortolado. Don Tiburcio

se acerca, me vuelve de espaldas, me coge por los faldones del frá, y no quiero acordarme de lo que pasó. El caso es que yo entré de frá y me encontré en la calle de chaqueta. Felizmente ya está viuda. Ya puedo hacerla el amor sin peligro. Aquí está. Adela!...

ESCENA IX.

CAMILO, ADELA.

ADELA. Caballero, con qué objeto viene usted? Esto es una imprudeneia.

CAMILO. Imprudencia! No, Adela, no; diga usted amor, amor. Ya sabe usted cómo me marché en aquel dia funesto.

ADELA. Sí, ya lo sé.

CAMILO. (Lo sabe! Dios mio! Conservará los faldones?) Pues bien, yo huí para evitar un duelo con aquel tigre, marido de usted. He recorrido el extranjero sin lograr olvidarla y aquí me tiene usted.

ADELA. Pero caballero...

CAMILO. Ya sé que está usted viuda, que es usted libre, por eso vengo á reiterarla mis juramentos y decidido á conquistar esa mano.

ADELA. Pero, hombre, si...

CAMILO. Nada, nada; ha de ser mia; vengo dispuesto á adquirirla á cualquier precio.

ESCENA X.

DICHOS, JUAN.

JUAN. (Un comprador.) Caballero...

ADELA. (Dios mio!)

CAMILO. Servidor de usted. (Quién será este caballero?)

JUAN. He oido las últimas palabras de usted.

ADELA. (Ah!)

JUAN. Y por ellas he comprendido el objeto que le trae. Yo no tengo inconveniente en cedérsela á usted.

CAMILO. Cedérmela?

JUAN. Ya habrá usted visto que está en muy buen estado.

CAMILO. Ya lo creo! (Pero qué es esto?)

ADELA. (Ah! ya comprendo. Respiro.) (Á Juan.) Tengo el gusto de presentarte al señor don Camilo Zengotita, íntimo amigo de mi difunto Tiburcio, y que, como has supuesto muy bien, viene á tratar de la compra de esta casa. (Hace señas á Camilo.) Este caballero es mi esposo.

CAMILO. (Caracoles!) Sí... pues... Veremos si nos arreglamos.

JUAN. Conque usted era amigo de don Tiburcio?

CAMILO. Sí señor; me queria mucho.

JUAN. Sí, ya sé que era un buen hombre... Pues nada, le enseñaré á usted la quinta despacio despues de almorzar. Creo que nos hará usted el favor de acompañarnos?

CAMILO. Si señor, gracias.

JUAN. Pues dejo á usted un momento. Tenemos convidados y voy á dar dar algunas órdenes. Soy con usted al momento. Hasta luégo.

CAMILO. Beso á usted la mano. (Váse Juan.)

ESCENA XI.

ADELA, CAMILO, despues PABLO.

CAMILO. Señora, me ha puesto usted en un compromiso.

ADELA. Usted es el que me ha puesto. Gracias que he podido explicar así las palabras de usted, que ha oido mi marido.

CAMILO. La culpa es de usted. Qué necesidad tenia de volverse á casar tan pronto?

ADELA. Caballero!

CAMILO. Ingrata! Yo que la queria á usted tanto! Yo, que no pensaba más que en usted!

ADELA. (Pobrecillo! La verdad es que es constante.) Oiga usted, Camilo: yo amo á mi esposo, yo no puedo otorgar á usted sino un cariño de hermano; Juan es un buen marido, no es como Tiburcio...

CAMILO. (Ménos mal.) Ah! señora! Qué horrible desengaño! Cuando yo volvia en alas de mi amor, loco de júbilo,

destruye usted todas mis ilusiones, todas mis esperanzas! Dice usted que me quiere como una hermana, poco es, pero en fin, acepto ese cariño. Seguiré amándola á usted con la misma vehemencia: este amor morirá conmigo. (Cogiéndola una mano. Pablo aparece en la puerta.)

PABLO. (Al paño.) ¡Canario!

CAMILO. Sí, Adela mia! (La besa la mano.)

PABLO. Ay! Ay! Ay! (Se retira.)

ADELA. Por Dios, tenga usted prudencia. En cuanto al negocio de la compra, yo procuraré evitarle á usted ese compromiso. Le dejo á usted para que sus arranques no nos comprometan.

CAMILO. Adela.

ADELA. Hasta luégo. (Váse.)

ESCENA XII.

CAMILO, despucs BLANCA.

CAMILO. Cariño de hermanos. Así se empieza. De todos modos, contraría mis planes con haberse casado. Qué lástima! Hubiera sido tan feliz conmigo! Las mujeres no saben lo que hacen.

BLANCA. Caballero!

CAMILO. Mi pareja de Castro-Urdiales!

BLANCA. Caballero, puede venir álguien, pueden vernos, le he visto á usted desde el jardin (Agitada y muy de prisa.) y he comprendido las intenciones que trae.

CAMILO. Señora...

BLANCA. Se ha propuesto usted seguirme y yo no lo puedo tolerar. El haber bailado con usted; el haber escuchado sus galanterías, no puede dar á usted derecho para nada; usted ha creido tal vez que yo le amaba: no sé como ha venido usted á comprometerme.

CAMILO. (Esta se lo arregla todo á su gusto.)

BLANCA. Yo debo á usted una explicacion, soy una mujer honrada, amo á mi marido.

CAMILO. (Lo mismo que la otra.)

BLANCA. Yo no puedo amar á usted. Cese usted, pues, de perseguirme. Huya usted de aquí.

CAMILO. (Qué posicion!) Ingrata! Y yo que he corrido en su busca, que no he perdonado sacrificio para volver á embriagarme en la luz de esos ojos, tan... tan... hermosos y tan... tan... hermosos. (Qué expedita tengo hoy la lengua!)

BLANCA. Ah! Gracias, gracias, caballero... Yo le agradezco mucho ese amor... pero, déjeme usted.

CAMILO. Una palabra de consuelo... Deja usted que me marche como he venido? Ah! tenga usted compasion.

BLANCA. Pues bien, yo... yo... amaré á usted...

CAMILO. Oh! ventura!

BLANCA. Como á un amigo, como á un hermano.

CAMILO. (Ya tengo dos. Cómo se aumenta la familia!) Gracias.

BLANCA. Pero por Dios, márchese usted... Si viniera mi marido...

CAMILO. Caracoles! Pero está aquí su marido de usted?

BBANCA. Sí señor, y tiene un carácter violento, irascible...

CAMILO. Ay, pues... no se entretenga usted, váyase usted, hágame usted el favor.

BLANCA. Qué?

CAMILO. La amo á usted demasiado para comprometerla. (*Mirando con inquietud á todos lados.*)

BLANCA. Sí, me marcho... Adios!... (*Le da la mano, que él besa.*)

CAMILO. Ah! señora! La amaré á usted toda mi vida. (*Aparece Juan en la puerta.*) Demonio!

BLANCA. Adios!

CAMILO. (*Dramáticamente.*) Adios, adios. (*Váse Blanca por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

CAMILO y JUAN.

JUAN. Señor de Zengotita...

CAMILO. (Ah! Si habrá visto!)

JUAN. Siento haber hecho esperar á usted tanto tiempo solo.

CAMILO. (No lo ha visto.) No señor... Aquí me he estado entreteniendo... (Si supiera en lo que me he estado entreteniendo.) Si usted quiere podemos ver la casa.

JUAN. Ya he dicho á usted que despues de almorzar... Pero... Vamos á ver: va usted á hablarme con toda franqueza. Usted ha estado en Castro-Urdiales este verano?

CAMILO. (Caramba!) Sí señor, sí; he estado en Castro-Urdiales; pero por qué me lo pregunta usted?

JUAN. No; por nada... (Bien me figuraba yo...) Me parece haverle visto á usted allí.

CAMILO. Es posible.

JUAN. Conque usted ha venido aquí sólo con el objeto de comprar la quinta?

CAMILO. Sí... sí señor...

JUAN. Já! já!

CAMILO. De qué se rie usted. (Canario! Si habrá sospechado...)

JUAN. Yo sé á lo que ha venido usted aquí.

CAMILO. Cómo!

JUAN. Cuando le digo á usted que sé á lo que ha venido...

CAMILO. (Dios mio! Esto va á acabar mal.) (Haciéndose aire con el sombrero.)

JUAN. Por mí no tenga usted cuidado.

CAMILO. Eh?

JUAN. Usted tiene cara de ser un infeliz. Habrá usted creido que no estaba casada, que era libre todavía.

CAMILO. Sí... Sí señor. Pero...

JUAN. Hombre, me lo habia figurado. No tiene usted cara de libertino.

CAMILO. (Estás enterado!)

JUAN. Pues nada; repito á usted que por mí no tenga cuidado.

CAMILO. (En efecto, no se parece á don Tiburcio.)

JUAN. Ahora que sabe usted que está casada, es necesario que obre usted con prudencia.

CAMILO. Sí, sí señor, voy á marcharme...

JUAN. No, hombre, no! siga usted adelante sus propósitos! si á mí me conviene!

CAMILO. Cómo!

JUAN. (Yo he de convencer á Pablo de que no sirve de nada el sistema represivo.) Le asombra á usted? Pues ahí tiene usted lo que son las cosas. Tengo un verdadero interés en que consiga usted de ella alguna prueba de cariño. Tal vez así hagamos la felicidad del matrimonio.

CAMILO. (Este prepara una catástrofe. Seré prudente.) No crea usted que yo siento por ella una pasion... No; cuando creí que no estaba casada... la verdad, sí me gustaba; pero ahora... yo respeto mucho...

JUAN. No es usted mal picaruelo.

CAMILO. (Ya me ha conocido.)

JUAN. Veo que el almuerzo se retrasa; si usted quiere daremos una vuelta por el jardin.

CAMILO. Como usted guste. (Vaya, éste no es de los que se quedan con los faldones.) (Van á salir á tiempo que entran Blanca, Adela y Pablo.)

ESCENA XIV.

TODOS.

ADELA. Dónde van ustedes? El almuerzo ya está listo.

BLANCA. Todavía está aquí!

JUAN. Entónces pasemos al comedor.

ADELA. Ántes, con permiso de tu marido, voy á presentarte á este caballero.

PABLO. Es usted muy dueña. (Qué mujeres, Dios mio?)

CAMILO. (El marido. Qué mala cara tiene!)

ADELA. (Á Blanca.) Don Camilo Zengotita, íntimo amigo de mi pobre Tiburcio.

BLANCA. Muy señor mio.

JUAN. (Muy señor suyo!)

ADELA. (Á Camilo, besando á Blanca.) Ésta es mi mejor amiga.

JUAN. Vaya, basta de cumplidos; vamos á almorzar.

CAMILO. (Hay que tener valor.) (Ofrece el brazo á las dos mirando con inquietud á los maridos.) Si estos señores lo permiten...

(Adela se coge sin esperar, Blanca mira á Pablo: éste la indica que sí: se coge. Al ir á salir con ellas, Juan ve que lleva el pañuelo colgando del bolsillo de atrás de la levita y va á cogérsele.)

JUAN. Espere usted un momento. (Le coge el pañuelo.)

CAMILO. (Al sentir que le cogen da media vuelta, soltando á las dos señoras y dando un grito.) Ah!

JUAN. Es que se le caia á usted el pañuelo.

CAMILO. Ah, ya; gracias. (Tomándole.) Soy tan nervioso... (Cre que iba á hacer lo que don Tiburcio.) (Vuelve á ofrecerlas el brazo y salen. Juan y Pablo se miran y sueltan la carcajada.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, ADELA, CAMILO, BLANCA, PABLO; acabando de tomar el café.

CAMILO. (Pues señor, estoy entre la espada y la pared.)

PABLO. (Á Juan.) De modo que estás decidido á volver á Madrid?

JUAN. Hombre... decidido... (Adela le hace una seña.) sí; aunque no me agrada mucho; pero Adela se empeña, y yo, qué he de hacer sino darla gusto?

ADELA. Mi marido es muy amable, por eso yo, correspondiéndole hago cuanto desea. No es verdad, Juan?

JUAN. Ya sé ve.

PABLO. (Ya se ve.)

CAMILO. (Ya se ve.)

ADELA. El campo es muy agradable veinte dias; pero el suponer que á mi edad puedo renunciar gustosa á los encantos de Madrid, es una verdadera tontería.

PABLO. Pues, qué quiere usted? Yo en lugar de Juan no la daria á usted ese gusto.

ADELA. No parece sino que lo que exijo es alguna inconveniencia.

PABLO. No; si el no concedérselo á usted no seria por inconveniente, sino porque usted me lo exigia.

ADELA. Es usted muy galante.

BLANCA. Tiene razon Adela; y sobre todo, no sé por qué aconsejas, cuando nadie te pide tu parecer?

PABLO. Mira, híja mia, no te he pedido el tuyo.

CAMILO. (Qué bruto debe ser este caballero?)

BLANCA. (Tendré energía una vez.) Pues estamos en el mismo caso. Yo creo muy razonable lo que dice Adela. Tú estás acostumbrado á que no me oponga á nada de lo que dices.

PABLO. Lástima que lo hicieras!

BLANCA. No tendria nada de extraño. Cuando un marido exige algo injusto, la mujer no debe acceder á ello.

PABLO. Eso es cuestion de marido, Juan lo tolera.

JUAN. Yo... lo que es yo...

PABLO. Sí; tú lo toleras y yo, demasiado sabe mi mujer que no estoy dispuesto á ello.

ADELA. Si fuera usted mi marido!

PABLO. Si fuera usted mi mujer!

ADELA. Haria usted lo que yo quisiera.

BLANCA. Es verdad.

PABLO. Tú te callas.

BLANCA. (No consigo nada.)

ADELA. Blanca es muy buena, y por eso permite que la trate usted de ese modo.—Es demasiado buena.

JUAN. (Estás enterada.)

PABLO. Ya lo sé. Pero si no lo fuese sucederia lo mismo. Desengáñese usted, Adela. Voy á valerme de una frase muy vulgar; pero que justifica todas las opiniones: «Cada uno tiene su modo de matar pulgas.»

CAMILO. (Me parece que éste es de los que las matan á tiros.)

ADELA. Es que á mí no me hubiera usted hecho ir siete leguas vestida de baile y sin cenar.

BLANCA. Pero Adela! Que no has de poder callar nada!

PABLO. Já! já! Y qué importa que se sepa? Confiese usted que el medio no pudo ser más dulce, y que los efectos han

sido prodigiosos.

JUAN. Já! já! Prodigiosos!

CAMILO. (¡Prodigiosos!)

PABLO. De qué te ries?

JUAN. De ese efecto prodigioso! Blanca, usted cree que el efecto ha sido tan prodigioso como cree su marido?

BLANCA. (Dios mio!) Yo...

PABLO. Estoy seguro yo, y basta.

JUAN. Desengáñate, Pablo. Tu método dará sus resultados. Me atengo al mio.

PABLO. Tambien dará sus resultados. No es verdad. Adela?

ADELA. (Turbada.) Yo... no...

CAMILO. (No entiendo una palabra.)

JUAN. Hablemos de otra cosa. Siga cada cual con su método, y el tiempo dará la razon al que la tenga. Diga usted, señor Zengotita, le gusta á usted bailar?

CAMILO. (Caracoles!) Sí señor, por qué me lo pregunta usted?

JUAN. Por variar la conversacion.

PABLO. Pero observo que este caballero no tiene gran interés en ver la posesion que quiere comprar.

JUAN. Ya creo que ha visto bastante.

PABLO. Ah! crees eso? entónces... Y usted qué opina, señor Zengotita?

CAMILO. Que he visto bastante. (Qué par de maridos!)

BLANCA. (Me parece que habla con ironía.)

ADELA. (Pablo debe saber algo.) (Pablo y Juan se rien.)

CAMILO. (Qué risueños están!) Señores, si me lo permiten, voy á dar órden de que ensillen el caballo. Quiero volver esta tarde á Madrid.

JUAN. Tan pronto? Hombre, pase usted la tarde con nosotros.

PABLO. (Anda, anda, y le detiene!)

ADELA. Sí, no se vaya usted.

BLANCA. Sí! Marcharse con este sol es una locura.

ADELA. No se vaya usted.

PABLO. (Qué desfachatez! Para que mi mujer hiciera esto!)

ADELA. En qué vamos á pasar la tarde?

BLANCA. Mira: éste tiene costumbre de echarse un ratito. (Á Pablo.) No creo que por estar aquí dejes de hacerlo.

ADELA. No faltaba más!

JUAN. Chico, ya sabes que estás en tu casa.

PABLO. Pues ya que ustedes me lo permiten, descansaré un momento. (Puedo dormir tranquilo.) (Á Juan.) Y tú no duermes la siesta?

JUAN. No; no tengo costumbre.

PABLO. (Lo comprendo.)

JUAN. Nosotros bajaremos un rato al jardin.

PABLO. Hasta despues. (Váse.)

ADELA. Vaya, pues vamos. (Se coge del brazo de su marido.)

CAMILO. (Á Blanca.) Si usted quiere honrarme. (Le da el brazo.)

BLANCA. (Á Camilo.) (Imprudente...)

CAMILO. Gracias. (Alto.)

ESCENA II.

Salen CAMILO y BLANCA; al llegar á la puerta JUAN y ADELA, el primero la detiene.

JUAN. Sigan ustedes; al momento vamos. Oye, Adela.

ADELA. Qué quieres?

JUAN. Lo que está pasando es muy grave.

ADELA. (Dios mio!) Qué pasa?

JUAN. No... no digas que no lo sabes.

ADELA. Pero qué es?

JUAN. Tú sabes muy bien que ese caballero no ha venido aquí con el objeto que dice.

ADELA. Qué!

JUAN. La compra de la casa no es más que un pretexto.

ADELA. (Lo sabe todo.)

JUAN. Tú estás tan segura como yo, y como yo sabes á lo que ha venido.

ADELA. Yo!

JUAN. Tú!

ADELA. Te juro que...

JUAN. Á qué viene el negarlo? Por otra parte, qué tiene de

particular?

ADELA. Cómo?

JUAN. Tienes tú la culpa acaso?

ADELA. Es claro; yo... yo no tengo la culpa de que él...

JUAN. No temas que me incomode por semejante bagatela; yo sé á lo que ha venido. Me consta positivamente.

ADELA. Y no te incomodas?

JUAN. Yo! Por qué?

ADELA. (Para que Tiburcio hubiera hecho esto!)

JUAN. Sin embargo, estoy decidido á no tolerar que ese hombre turbe la paz de un matrimonio.

ADELA. Es natural.

JUAN. Y tú, no lo niegues, sabias algo.

ADELA. Yo...

JUAN. La primera noticia que tuve de ello fué ver el beso en la mano.

ADELA. (Ah!) Sí, pero... ya ves... yo no he tenido la culpa, ha sido una imprudencia suya...

JUAN. Si ya lo sé! Y no te reconvengo en ello.

ADELA. (Esta indiferencia me irrita!)

JUAN. Á él le gusta como á todos los hombres no desperdiciar las ocasiones... y lo comprendo!

ADELA. (Qué diferencia de Tiburcio!)

JUAN. Pero qué te pasa!

ADELA. Juan, tú no me quieres ya!

JUAN. Qué dices!...

ADELA. Esa indiferencia!... Parece que no te importa que yo obre bien ó mal!

JUAN. No es eso. Comprendo que tu accion no ha sido buena, debias haberme dicho lo que habia...

ADELA. Es verdad... pero... hay cosas que...

JUAN. Y yo hubiera advertido á su marido el peligro que corria...

ADELA. Á su marido?

JUAN. Sí.

ADELA. Á qué marido!

JUAN. Á Pablo, que no sabe una palabra de lo que sucede.

ADELA. (Ah!)

JUAN. Qué!

ADELA. No... nada...

JUAN. Ya comprendes que esto no puede seguir así. Zengotita me lo ha descubierto todo.

ADELA. Pero qué es todo?

JUAN. Pues no has dicho que lo sabias? Que ese jóven ha venido aquí siguiendo á Blanca, y que él es el bailarin de Castro-Urdiales.

ADELA. (Monigote!)

JUAN. Yo le descubrí besándola la mano; aquí, aquí mismo.

ADELA. (Igual que á mí.) Eso es demasiado... Ahí tienes las consecuencias de ser un marido tirano...

JUAN. Tienes razon. Por eso yo me atengo al sistema de tu primer marido...

ADELA. Sí? Pues él en este caso, sabes lo que hubiera hecho?

JUAN. Qué?

ADELA. Coger á ese mozuelo y plantarle de patitas en la calle!

JUAN. Pero mujer, eso es preciso hacerlo de cierto modo...

ADELA. Ó decírselo á Pablo... para que haga con él un escarmiento.. lo merece... Y verás tú en cuanto él sepa que lo sabe el marido, cómo se larga con viento fresco... Es el hombre más pusilánime y más...

JUAN. Tú qué sabes?

ADELA. Me lo figuro... No hay más que verle la cara!

JUAN. Yo no se lo he dicho á Pablo por dos razones: la primera porque comprendo que tiene el carácter muy fuerte y sería capaz de hacer cualquier atrocidad con su mujer...

ADELA. La estaria bien empleado!

JUAN. Bien, Adela, así me gusta. (Qué mujer, qué mujer!) La segunda razon que he tenido para no decírselo á mi amigo, ha sido el que una lecioncita como esta le hará comprender que su sistema produce funestos resultados.

ADELA. Pues yo te aconsejo que se lo digas... Y me voy á mi cuarto. No quiero ver ni al uno ni á la otra... Infames!

JUAN. Mujer, tal vez tu amiga no sea tan culpable como á primera vista parece...

ADELA. Cómo que no! Y deja... Me voy, me voy, porque tengo una rabia... (Engañarme así!) (Váse.)

ESCENA III.

JUAN, despues BLANCA.

JUAN. Qué feliz soy! Me parece que con otro caso como el presente voy á llegar á bendecir la memoria del dichoso Tiburcio. Gracias á su sistema puedo vivir tranquilo.

BLANCA. Y Adela? Cómo no vienen ustedes al jardin?

JUAN. Ha ido un momento á su cuarto. Y Zengotita?

BLANCA. En el jardin le he dejado...

JUAN. Comprendo...

BLANCA. Cómo?

JUAN. Le hago á usted justicia.

BLANCA. Pero en qué?

JUAN. Lo sé todo... y repito que le hago á usted la justicia que merece.

BLANCA. No comprendo...

JUAN. Sé á lo que ese caballero ha venido aquí y concibo que usted evite las ocasiones de encontrarse sola con él.

BLANCA. (Ah!)

JUAN. Creo que debia usted decírselo á Pablo.

BLANCA. Eso nunca!

JUAN. Por qué?

BLANCA. Yo estoy tranquila, sé que no puedo faltarle, y descubriéndole las pretensiones de ese hombre puedo dar lugar á un conflicto...

JUAN. Entónces, yo se lo aconsejo á usted seriamente, diga usted á Zengotita que se marche. Pablo puede sospechar algo...

BLANCA. Eso es lo que me tiene inquieta...

JUAN. Él viene. Dígaselo usted. (Pobre Pablo!) (Váse.)

ESCENA IV.

BLANCA, despues PABLO.

BLANCA. El caso es que me da lástima exponer á ese pobre jóven... Está ciego por su pasion... me adora. Pobrecillo!
PABLO. Ah! Me alegro que estés sola.
BLANCA. Pues qué pasa?
PABLO. Pasa lo que nunca hubiera creido. Ah! mujeres, mujeres! Es inconcebible tanta audacia. Sea usted débil con ellas! Vamos á ver, por qué ha venido aquí ese señor de Zengotita ó Zengodiablos?
BLANCA. Yo... no sé...
PABLO. Ah! No lo sabes! Pues yo sí!
BLANCA. (Jesús!)
PABLO. Y esta misma tarde nos marchamos de aquí!
BLANCA. Haremos lo que tú quieras... pero yo... no tengo la culpa.
PABLO. Eso ya lo sé, pero no quiero que veas ciertas cosas.
BLANCA. (Vamos, no se incomoda mucho!)
PABLO. Cuidado si tiene osadía el monigote; atreverse á besar la mano á una mujer casada!
BLANCA. (Lo vió, Dios mio!)
PABLO. Dí si no merece que le rompan el alma?
BLANCA. (Asustada.) Sí... pero...
PABLO. Y qué mujer es la que lo permite? (Irritado.)
BLANCA. Ay!
PABLO. Á mí no debia importarme, nada me interesa, pero te aseguro que si yo fuera su marido!...
BLANCA. (El marido? Qué dice?)
PABLO. Si yo fuera su marido! Pero él, como tiene ese carácter, no hará nada y se expondrá á ponerse en ridículo.
BLANCA. Pero no comprendo lo que dices.
PABLO. No lo comprendes!
BLANCA. No... no sé...
PABLO. (Claro, es una inocentona!) ¿Conque no has adivinado lo que sucede?

BLANCA. No comprendo...

PABLO. Pues oye y convéncete de que debes agradecerme lo que tú llamas dureza de mi carácter. Ella te libra de riesgos á que no debe exponerse una mujer casada, y hace que te respeten y aseguran nuestra tranquilidad doméstica.

BLANCA. Pero qué pasa?

PABLO. Que tu amiga Adela admite los galanteos del señor Zengotita.

BLANNA. Eh!

PABLO. Como lo oyes.

BLANCA. Qué infame!

PABLO. Te indignas! Lo comprendo. Pues yo les he visto, yo. Aquí les he descubierto en amoroso coloquio cuando él la estaba besando la mano...

BLANCA. Á Adela tambien!

PABLO. Cómo tambien!

BLANCA. Déjame... si estoy trastornada, si no sé lo que digo.

PABLO. Estas son las consecuencias de seguir Juan el sistema del primer marido de Adela. Aquel se conoce que era un infeliz, que satisfacía todos sus caprichos.

BLANCA. Estás enterado!

PABLO. Cómo?

BLANCA. Eso es lo que Adela há hecho creer á Juan engañándole. Su primer marido era un hombre insufrible, que no la dejó vivir hasta que se murió.

PABLO. Estás segura?

BLANCA. Ella me lo decia en todas sus cartas, y cuando se murió la escribí dándola la enhorabuena y me contestó las gracias.

PABLO Es posible!

BLANCA. Precisamente envolviendo no sé qué, he visto en mi cabá una carta suya...

PABLO. Sí? Pues vé por ella; es un documento que me agradecerá Juan.

BLANCA. (De buena me he librado.) Voy á buscarla.

PABLO. Y esta misma tarde nos marchamos.

BLANCA. Sí, sí... nos iremos... (No quiero verle! Le aborrezco) (Váse.)

ESCENA V.

PABLO, despues CAMILO.

PABLO. Si esa carta parece, Juan se convencerá de que hay pocos maridos como él. Y vaya si sabe la niña! Qué manera de fingir... Bien es verdad que es preciso ser tonto para no conocerlo. Rematadamente tonto.

CAMILO. Servidor.

PABLO. Ah! Usted por aquí!

CAMILO. Sí señor; hace demasiado calor en el jardin.

PABLO. (Títere.) (Toma un periódico y lee.)

CAMILO. (Me parece que está serio.) (Lo mismo.)

PABLO. (Si yo fuera el marido, qué paso habia de llevar!)

CAMILO. (Si habrá sospechado algo!)

PABLO. (Yo se lo voy á decir!)

CAMILO. (Estoy escamado!)

PABLO. Oiga usted! (Bruscamente.)

CAMILO. Eh! (Dejando caer el periódico, asustado.)

PABLO. Tengo que hablar con usted cuatro palabras.

CAMILO. (Adios!)

PABLO. Vamos al jardin.

CAMILO. Si hace un calor horrible!

PABLO. Bueno, hablaremos aquí. Pero es necesario que nadie nos oiga.

CAMILO. (Caracoles!)

PABLO. Es muy grave lo que voy á decirle.

CAMILO. (Me partió!) Usted dirá!

PABLO. Usted habrá notado que no soy ciego...

CAMILO. Caballero, yo...

PABLO. Soy enemigo de andar con rodeos y voy á hablar á usted con toda claridad.

CAMILO. (Ay, ay, ay!)

PABLO. Yo no puedo tolerar lo que usted parece haberse pro-

puesto. (Pasa por detrás de Camilo. Éste da la vuelta.)

CAMILO. Yo!

PABLO. Usted con esa cara de inocente podrá engañar á alguno, pero á mí es muy difícil. Ademas estoy seguro de ello, lo he visto. (El mismo juego.)

CAMILO. (Qué será lo que ha visto?)

PABLO. Yo exijo de la caballerosidad de usted que hoy mismo se vaya y no vuelva á esta casa.

CAMILO. Sí señor, sí, estoy decidido á eso...

PABLO. Yo tambien me marcho esta tarde.

CAMILO. Solo?

PABLO. No señor, con mi mujer.

CAMILO. Entónces iremos juntos.

PABLO. Entre tanto, tenga usted prudencia, y renuncie á ese capricho, porque estoy seguro de que no es otra cosa.

CAMILO. Sí... sí; efectivamente, soy algo caprichoso.

PABLO. Y tenga usted presente que yo soy verdadero amigo de Juan, y que velo por su honor.

CAMILO. (Ah! vamos. Sabe lo de la otra. Puedo estar tranquilo.)

PABLO. Tira usted?

CAMILO. De dónde? Digo... el qué?

PABLO. Al florete, á la pistola...

CAMILO. Caramba! Por qué me lo preguntará!...) Sí señor, sí; algo. Suelo tirarlas... (Al suelo.)

PABLO. Pues vamos.

CAMILO. Adónde?

PABLO. Al salon.

CAMILO. Pero... Qué vamos á hacer allí?...

PABLO. Tirar al blanco un rato.

CAMILO. Ah! Bueno... (Eso es otra cosa.)

PABLO. Vamos.

ESCENA VI.

DICHOS, ADELA.

ADELA. (Entrando.) Ah! Estaban ustedes aquí. (Allí está el muy...)

PABLO. Sí señora; pero si usted lo permite, vamos un rato al salon.

CAMILO. Sí; si usted lo permite.

ADELA. Son ustedes muy dueños.

CAMILO. (Á Adela.) (Y usted muy bonita.

ADELA. Necio!)

PABLO. Vamos?

CAMILO. (Me parece que me ha llamado necio.) Sí... Con su permiso... (Adela le vuelve la espalda.) (Qué movimiento tan coqueton!) Vamos.

ESCENA VII.

ADELA, despues BLANCA.

ADELA. (Ah! Blanca!) (Se vuelve al contrario cuando Camilo para verla de frente ha pasado al otro lado.)

BLANCA. Te vas, Pablo?

PABLO. Sí. Voy con este caballero...

BLANCA. (Ap.) (Toma.) (Dándole la carta.)

PABLO. (Ahora se convencerá Juan.)—Hasta luégo.

CAMILO. Señora... (Blanca se vuelve como ántes Adela.) Señora... (Se vuelve.) (Cómo disimulan!) (Vánse.)

ESCENA VIII.

ADELA y BLANCA.

ADELA. (Monigote! Y pensar que por semejante hombre he podido poner en peligro la paz de que disfruto!)

BLANCA. (Huy! Qué antipático me es!)

ADELA. (Esta es otra. La mosquita muerta...) Parece que tu marido y el señor Zengotita hacen buenas migas...

BLANCA. Pues el tuyo no puede estar más amable con él.
ADELA. Es la primera vez que piensa de distinto modo que yo.
BLANCA. Es extraño.
ADELA. Tanto como que el tuyo esté conforme contigo.
BLANCA. Conmigo!
ADELA. Sí, contigo.
BLANCA. No sé qué razon tengas para creerlo así; precisamente el tal Zengotita me carga.
ADELA. Será de poco tiempo á esta parte.
BLANCA. Cómo?
ADELA. No te asustes, hija. Si te gustára yo no habia de hacerte la competencia.
BLANCA. Ya lo sé. Y nunca me atreveria yo á ponerme frente á tí. Habria la misma distancia que de bailar un rigodon á dejarse besar la mano.
ADELA. (Ella sabe...) Sí, pero cuando son las dos cosas...
BLANCA. (¡Dios mio! Se lo habrá dicho. ¡Infame!)
ADELA. (Echándose á reir.) Vaya! Somos dos tontas, que ya, ya. Íbamos á reñir.
BLANCA. Yo...
ADELA. No lo niegues.—Hablemos como buenas amigas. (Muy cariñosas.)
BLANCA. Sí, tienes razon.
ADELA. Conque segun parece, el señor de Zengotita...
BLANCA. Pues... Zengotita...
ADELA. Qué!
BLANCA. Nada... yo no sé... ¿Qué ibas á decir?
ADELA. No seas niña. Ya sé que ha tenido el atrevimiento de galantearte.
BLANCA. Y á tí.
ADELA. No lo niego. Pero yo...
BLANCA. Ni yo tampoco. Puedes suponer acaso?...
ADELA. No; pero lo cierto es que ha podido proporcionarnos un disgusto. Mira, te propongo una cosa.
BLANCA. Qué!
ADELA. Vamos á hacerle ver su tontería.
BLANCA. Cómo?

ADELA. Ven. Toma. Ahí tienes papel y pluma. Escribe.

BLANCA. Pero...

ADELA. Escribe. «Señor Zengotita: pienso decir á mi marido ..»

BLANCA. Marido...

ADELA. «Las intenciones de usted...»

BLANCA. Dí, intenciones se escribe con h?

ADELA. No estoy segura; pero yo en caso de duda la pongo siempre.

BLANCA. Pues intenciones... con h.

ADELA. «Si no se marcha usted á escape para no volver ni siquiera á mirarme.»

BLANCA. Á mirarme.

ADELA. Ahora firma.

BLANCA. Blanca.

ADELA. Adela. (Se levanta.) Ahora aprovechemos la primera ocasion para entregárselas en su propia mano, y verás el paso que lleva. Ah! Mi marido! Vámonos!

ESCENA IX.

DICHAS, JUAN.

JUAN. Qué? Se van ustedes?

ADELA. Sí, voy con ésta. Tengo que hablarla de un asunto importante... Vamos. (Vánse.)

ESCENA X.

JUAN, despues PABLO.

JUAN. Sin duda mi mujer va á echarle un sermon; pero creo que conseguirá poco.—Por si acaso, procuraré con cierta maña indicar á Pablo el peligro.

PABLO. (Entrando.) (Solo! Esta es la ocasion. Le enseñaré la carta.) Hola, Juan.

JUAN. (Levantándose y abrazándole cariñosamente.) Hola! ¿Vienes del jardin?

PABLO. No.

JUAN. Hombre, la verdad es que aún no nos han dejado sólos un momento para poder hablar y... tengo gana de echar contigo un párrafo.

PABLO. Pues mira, tambien yo quiero...

JUAN. Sí? Pues habla.

PABLO. No; habla tú primero.

JUAN. Te advierto que lo que yo voy á decirte no tiene nada de particular, ni interés, ni...

PABLO. No importa. Habla.

JUAN. Pues... Hombre, entre paréntesis, qué te ha parecido el señor de Zengotita.

PABLO. (Sospecha y me quiere consultar.) Pche! Parece un buen muchacho, atolondrado, pero sencillo, inocente.

JUAN. (Hun!) (Conteniendo la risa.)

PABLO. ¿Qué te pasa?

JUAN. Nada. (Pone un gesto raro para no reirse.)

PABLO. (Está muy excitado. Desvaneceré su sospecha, no haga alguna barbaridad.) Zengotita es casi un niño, respetuosó y tímido...

JUAN. Hun! (Conteniendo la risa.) Jé, jé... conque te ha parecido un buen muchacho?...

PABLO. Sí, alegre como cuando nosotros estudiábamos leyes. (Fingiendo reirse.) Muy corto... (de respiracion.) Sobre todo, con las mujeres... Se ve que las tiene miedo...

JUAN. (Soltando la carcajada.) Sí...

PABLO. Te ries, eh?... (Esta risa no es natural.)

JUAN. Já! já! (Riendo estrepitosamente.)

PABLO. Pero ¿de qué te ries así?

JUAN. Mira, chico; lo cierto es que tienes mal ojo. Al ménos en esta ocasion no has acertado. Ese caballero con su traza de tímido y de bobalicon, es un tunante.

PABLO. Por qué le juzgas así?

JUAN. ¿Crees tú que él ha venido aquí á comprar la casa?

PABLO. (Ah! Lo sabe.) Pues bien, no! Ya sé que no es ese su objeto.

JUAN. Conque tú sabes á lo que ha venido?...

PABLO. Sé que ese hombre viene aquí por una mujer...

JUAN. Que la ha hablado...

PABLO. Á solas.

JUAN. Y que ella...

PABLO. Se ha dejado besar la mano.

JUAN. (Pausa.) Es verdad. (Y se queda tan fresco!)

PABLO. Eso no tiene nada de particular.

JUAN. Jé... Es verdad, no tiene nada de particular.

PABLO. Pero... hablemos de otra cosa. Para librarte de parecidos peligros, recordarás que más de una vez te he aconsejado que mudes de sistema respecto á tu mujer.

JUAN. Y cuál he de seguir? ¿El tuyo?

PABLO. Sí... Tú dejas á tu mujer una libertad, un...

JUAN. Ya te he dicho que la prometí al casarme tratarla como la trataba mi predecesor.

PABLO. Y si yo te probase que te ha engañado; que su primer marido era un tirano doméstico... Mira. (Dándole la carta.)

JUAN. Qué es esto?

PABLO. Una carta de tu mujer.

JUAN. De mi mujer!

PABLO. Dirigida á la mia hace cuatro años.

JUAN. Queridísima Blanca: «No extrañes que en tanto tiempo »no te haya escrito. He estado algo enferma y continúo »disgustadísima. Mi esposo con su carácter violento...» (Violento!)

PABLO. Sí, violento.

JUAN. Violento dice! «Me hace sufrir muchísimo.» ¡Le hacia sufrir? «Y si no fuera por dar un escándalo que perju»dicaria mi reputacion pediria el divorcio, para el cual »hay en su conducta motivos suficientes. ¿Por qué co»noceria yo á este hombre?...»—Conque me engañaba...

PABLO. Sí.

JUAN. Conque su Tiburcio le trataba mal...

PABLO. Sí.

JUAN. Conque era víctima de su Tiburcio?

PABLO. Víctima de su Tiburcio!

JUAN. Ah! Yo le aseguro que desde hoy... Este engaño es indigno... De aquí en adelante tendré energía... Pero qué digo? Y de qué sirve tenerla?

PABLO. Ya estás tocando los resultados de tu debilidad.

JUAN. Tú sí que tocas los de tu excesiva energía...

PABLO. Por qué dices eso?

JUAN. Es extraño que lo digas. La mujer que no desaira las pretensiones de ese monigote, que le escucha, que se deja besar la mano... ¿Sabes quién es?

PABLO. Sí.

JUAN. ¿Lo sabes?

PABLO. Sí. La tuya.

JUAN. La tuya.

PABLO. Cómo?

JUAN. ¿Qué?

PABLO. Yo lo he visto.

JUAN. Y yo tambien.

PABLO. Imposible.

JUAN. Te digo que lo he visto.

PABLO. Las habrás confundido; á quien Zengotita besaba la mano era á...

JUAN. Á tu mujer.

PABLO. No, á la tuya. Y mi Blanca lo sabe y está indignada, razon por la que nos vamos ahora mismo.

JUAN. No, la indignada es Adela.

PABLO. Hablas en serio?

JUAN. En serio estoy hablando. Tú dices que era á mi mujer?

PABLO. Estoy seguro.

JUAN. Pues á la que yo he visto era la tuya. (Pausa.) Me ocurre una idea... Habrán sido las dos?

PABLO. Imposible. Blanca no es capaz.

JUAN. Hombre, y ha de serlo Adela?

PABLO. Yo no digo...

JUAN. Vamos á saberlo. Llama á tu mujer. Yo voy á llamar á la mia.

PABLO. Blanca! Blanca!

JUAN. Adela! Ahora saldremos de la duda, Adela!

ESCENA XI.

DICHOS, ADELA, BLANCA.

ADELA. ¿Qué quieres?

BLANCA. ¿Qué ocurre?

PABLO. ¡Infame! (*Cogiendo por el brazo á Adela.*) Ah! Dispense usted.

JUAN. ¡Infame! (*Haciendo lo mismo con Blanca.*) Dispense usted, señora.

ADELA. Ah!

BLANCA. Ah!

PABLO. (*Cogiendo á Blanca de la mano.*) Venga usted acá. ¿Conque usted se deja besar la mano por un hombre?...

BLANCA. (*De rodillas.*) Ah! Perdon!... Yo no queria...

JUAN. (*Á Adela.*) ¿Conque usted permite que la besen la mano?

ADELA. (*De rodillas.*) Ah! Yo te aseguro, Juan... (*Juan y Pablo, que están de espaldas, vuelven la cabeza y quedan mirándose.*)

JUAN. Desde hoy no me llamo Juan, me llamo Tiburcio!

ADELA. (Dios mio!)

PABLO. Qué carta es esta? Letra tuya! y dirigida á se hombre! Oh! Yo voy á hacer un disparate! (*La abre.*) Eh? Qué es esto? Será posible!... (*La lee.*)

BLANCA. Yo... por evitar que continuase... no me atreví á decirte su atrevimiento... é iba á dársela en la primera ocasion...

PABLO. Esto es otra cosa... Ya extrañaba yo... Mira, Juan, mira la carta que mi mujer dirige á ese caballerito.

JUAN. (*Leyéndola.*) Esto es obrar con dignidad. (*Á Adela.*) Aprenda usted, señora.

ADELA. (*Sacando la otra carta y dándosela.*) Toma, lo habíamos hecho de comun acuerdo para evitaros el disgusto de saber que ese necio nos asediaba, y al propio tiempo para que nos dejase en paz.

JUAN. Mira, mira la de mi mujer! (Dándosela á Pablo.) Adela no extrañes que en el primer momento...

PABLO. (Á Blanca.) Usted, sin embargo, ha obrado mal; debió decirme al momento lo que habia...

BLANCA. Yo...

PABLO. Silencio! Y en cuanto á ese monigote...

JUAN. Nada violento! Se me ocurre una idea. Tome usted su carta (Dándosela á Blanca.) y tú la tuya. (Á Adela.)

PABLO. Qué vas á hacer!

JUAN. Que se las den delante de nosotros, como si no lo viéramos: ese necio no merece otro castigo que el ridículo. Ahí viene. Dénselas ustedes.

PABLO. Hombre!...

JUAN. Calla: nosotros nos hacemos los distraidos.

PABLO. Pero...

JUAN. Déjame á mí. (Se sienta al velador y figura mirar el album.)

ESCENA XII.

DICHOS y ZENGOTITA.

CAMILO. (Están los dos cancerberos!)

ADELA. (Nos hemos salvado en una tabla.)

BLANCA. (De milagro.)

CAMILO. (Acercándose.) Señores...

JUAN. (Á Pablo.) (Observa...)

ADELA. (Á Zengotita, ap.) (Tome usted!)

CAMILO. (Tomándola.) (Caracoles! una carta!)

JUAN. (Mira el tunante, qué bien la ha pescado.

PABLO. Y ella se la ha dado muy bien!)

BLANCA. Tome usted.

CAMILO. (Otra! Y en las barbas del marido!)

JUAN. (Tambien tu mujer se la ha dado bien!

PABLO. Vive Dios!) (Dando un puñetazo en la mesa.)

CAMILO. (Volviéndose.) Ah! Señores... Estaban ustedes aquí... no habia reparado...

JUAN. (Ah pillo!) No habia *depadado.* (Imitando su modo de hablar.)

PABLO. Ya no sufro más. Pollo estúpido!

CAMILO. Pues creo que me lo dice á mí! (*Despues de mirar si hay álguien detrás de él.*) Caballero...

PABLO. (*Cogiéndole de una manga de la levita.*) Usted es un Tenorio ridículo!

CAMILO. Caballero! (*Al ir á volverse tira Pablo de la manga y le saca el chaqué.*)

JUAN. (*Cogiéndole por el otro lado de la manga, que le queda metida.*) Un ente insufrible.

CAMILO. Caballeros!

PABLO. Tome usted lo que merece. (*Le da un puntapié. Camilo deja el chaqué en manos de Juan y se dirige corriendo hácia la puerta.*)

CAMILO. Volveré! (*En tono amenazador y saliendo.*)

PABLO. Las espaldas.

(*Rien todos al ver escapar á Zengotita. Pablo se dirige rápidamente al proscenio y dice:*)

Ahora no nos falta nada
para ser felices ya,
si amable el público da
solamente una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1873.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
El pio de Cármen	1	Villegas	Todo.
La capa rota	1	Segarra	»
Os presento á mi mujer	1	Infante Palacios y García Vivanco.	»
Por un agujero	1	Lustonó	»
Las medias naranjas	2	Ramos Carrion y Campo-Arana	»
Rey sin corona	3	J. Alvarez Sierra	»
La mujer propia	4	Cárlos Coello	»
ZARZUELAS.			
Guerra al extranjero	1	M. Cano y Cueto	Libro.
La creacion refundida	3	J. Rogel	Música

ADVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta ADMINISTRACION, las comedias en un acto tituladas, *Las campanillas* y *Chiton*, y la mitad del libro de *Las cartas de Rosalia* y *Pablo y Virginia*, zarzuelas en un acto.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán,* Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez,* calle del Cármen; y de los *Hijos de Fé,* calle de Jacomatrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la **Administracion lirico-dramática.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.